

En tiempos de incredulidad y apatía moral

—» SUSANA MANGANA

Directora del Departamento de Negocios Internacionales e Integración de la Facultad de Ciencias Empresariales y responsable de la Cátedra de Islam en la Universidad Católica del Uruguay.

¿Cuántas veces se especuló con que la sociedad posmoderna del siglo XXI significaría el abandono de la fe o el fin de las creencias religiosas? En un mundo gobernado, al menos en esa parte del planeta que llamamos *desarrollado*, por el hiperconsumismo y el afán de riquezas superfluas, el hecho religioso es considerado como un factor residual de nuestras sociedades. Sin embargo, esa misma tendencia a sustituir bienes intangibles (amistades, familia o creencias) por otros de tipo material, produce en realidad un desasosiego casi generalizado que en muchos países hoy se traduce en una búsqueda desesperada por nuevas formas de religiosidad y espiritualidad.



Templo católico, México

La desprivatización de la religión y la pérdida del monopolio que la Iglesia católica sufrió en toda Latinoamérica desde la irrupción de otras Iglesias más jóvenes —como por ejemplo la pléthora de congregaciones evangélicas que abundan hoy desde Colombia a Chile— demuestra que, lejos de desaparecer, el hecho religioso aumenta y se diversifica. Por otra parte, la creciente pérdida de valores que aqueja a nuestras sociedades posmodernas, donde la familia y la iglesia han dejado su papel tradicional de instituciones garantes de la educación, nos obliga a replantearnos qué servicio o aporte esencial pueden brindar las religiones en general y en especial aquellas cuya influen-

cia y penetración ha sido importante en nuestro continente. Concretamente nos referimos a las religiones monoteístas como la judía y cristiana que, a través de los conquistadores llegados de la vieja Europa, también se enraizaron en Latinoamérica, por supuesto entremezcladas con la espiritualidad autóctona e indígena en lo que luego ha sido un mestizaje religioso digno de mayor estudio y atención.

Aunque muy posteriormente y de forma casi sigilosa, la llegada del islam como tercera religión monoteísta a nuestro continente recupera hoy vitalidad e importancia a partir del arribo de nuevos migrantes a las zonas fronterizas y de puerto libre desde Iquique a Maicao pero también con el reasentamiento de refugiados y exiliados políticos de conflictos varios que asolan hoy Oriente Medio y el norte de África.

La percepción negativa y en clave de amenaza que persiste acerca de la fe musulmana ha desatado debates a distintos niveles en países como Uruguay, donde en el último año se produjo el arribo de un contingente por ahora pequeño de refugiados sirios desplazados de su país por la guerra civil que allí se libra desde 2011, y posteriormente llegaron seis exdetenidos de la prisión de Guantánamo, todos ciudadanos árabes y fieles del islam.

Para muchos ciudadanos uruguayos la mera presencia de estos fieles del islam en tierras gauchas supone un peligro o, cuando menos, la antesala de problemas como los que se vienen replicando en diversos países europeos que cuentan con una comunidad importante de musulmanes. Evidentemente no

se trata de un número significativo que constituya, ni siquiera en el largo plazo, una masa crítica que pueda plantear problemas serios de convivencia. Pero llegados a este punto parece oportuno plantearse, al menos como elemento para el debate más profundo y con argumentos más sólidos, qué respuesta cabe dar desde las otras dos religiones mono-teístas con fuerte arraigo en la sociedad uruguaya para aliviar tensiones, prever puntos de fricción y apoyar el diálogo interreligioso como un vehículo para el conocimiento mutuo y apoyo para una mejor integración de este colectivo.

La insistencia en los medios de comunicación tanto gráficos como visuales en las supuestas diferencias con los musulmanes en cuanto a tradiciones, cultura y rituales refiere, suele convenir a los más incrédulos o simplemente ciudadanos menos informados, de que aquellos y nosotros no compartimos un tronco común del credo como en los hechos dicta la tradición abrahámica.

En efecto, judíos, cristianos y posteriormente musulmanes se reconocen descendientes de Abraham, patriarca de las tres religiones y sus hijos Isaac e Ismael.

Surgidas en una zona geográfica muy próxima, en lo que hoy llamamos Cercano Oriente, y en un lapso de tiempo bastante próximo si tenemos en cuenta la historia de la humanidad, las tres religiones del libro comparten muchas creencias y rituales desde la adoración a un solo Dios, misericordioso y compasivo, creador de todas las cosas, profetas comunes desde Moisés, Zacarías o el propio Jesús hasta la promesa del cielo y el infierno tras el juicio final.

Estas y otras bases del credo mono-teísta debieran ser el punto de partida para un diálogo serio, profundo y rico que permitiera trazar una pauta para la convivencia de fieles, más o menos creyentes y practicantes, pertenecientes a las tres religiones. ¿Por qué la distinción entre creyente y practicante? Porque en los hechos no todos aquellos que se reconocen fieles de una fe practican de acuerdo al conjunto de mandamientos y preceptos de dicha fe. En el mejor de los casos se produce lo que algunos estudiosos denominan *práctica social de la fe*, es decir, se limita el cumplimiento de la fe y de sus rituales al ámbito social, participando de celebraciones religiosas solo en festividades y ocasiones puntuales (casamientos, bautismos, bar mitzva, etc.).

No obstante, las tensiones y rispideces que enfrentan hoy sociedades como la francesa o la belga, donde el número de musulmanes y fieles de otras creencias obliga a la mayoría de ciudadanos de esos países así como a las autoridades locales a replantearse temas que creíamos superados, como la discusión sobre la pertinencia o no de la división entre religión y Estado, pueden ser discutidas y contempladas en distintos foros donde prime el diálogo interreligioso, eso sí, desprovisto de enfoques y análisis maniqueos que solo buscan priorizar y ensalzar un supuesto credo frente a otro.

A lo largo de mi trayectoria como docente de estudios árabes e islámicos he podido desarrollar ejercicios prácticos donde el alumnado debe reflexionar y elaborar una lista de similitudes, diferencias y puntos de fricción entre

las tres religiones monoteístas. Es notorio cómo incluso aquellos que aseguran al inicio que la columna de diferencias será la más abultada, terminan reconociendo que son más las similitudes que falta de estas lo que separa a judíos, musulmanes y cristianos (sean de la denominación que sean). Desde las oraciones, existencia de escrituras sagradas y profetas, la creencia en el día del juicio final y en la salvación eterna hasta la noción de pecado, se repiten las similitudes entre estos tres credos. En cambio, en el apartado sobre puntos de fricción surgen las cuestiones más ríspidas. Pero en rigor se debe a la interpretación que el hombre, y por tanto la sociedad en su conjunto, da a los mandatos religiosos. Así, la muy manida discriminación y destrato que sufre la mujer musulmana en su sociedad no se puede achacar tanto a la fe sino a la interpretación e implementación misógina que se hace de las enseñanzas coránicas. El desapego y alejamiento que nuestra sociedad posmoderna ha alentado sobre las creencias religiosas, sean monoteístas o no, ha permitido, en parte, la promulgación de leyes que buscan por la vía del derecho positivo corregir desequilibrios en cuestiones de género que se vieron avaladas por la fe y acatadas durante siglos allí donde la Iglesia o la tradición judaica imperó. Pero en esencia las tres religiones cultivaron y aún lo hacen, unas en mayor medida que otras, una diferenciación y categorización de roles de género que nuestras sociedades y leyes del siglo XXI se resisten a aceptar.

Por otra parte, falsos supuestos, que no por repetidos hasta el cansan-

«Debiéramos ser más cuidadosos a la hora de acusar al islam de ser la fuente de todos los males que aquejan a la mujer en sociedades musulmanas»

cio en medios masivos como la televisión se convierten en realidades, como presuponer que una mujer que luce minifalda o fuma en público es más emancipada y moderna que otra que cubre su cuerpo, continúan nutriendo tópicos que desvirtúan realidades. Ni todas las mujeres musulmanas que cubren su cabello con el típico hiyab o pañoleta a tres puntas son ciudadanas ignoradas en su sociedad o en el seno de sus familias, ni todas las occidentales que muestran piel y ropas escuetas son mujeres que gocen de la tan reclamada equidad en nuestra sociedad.

Así como no se nos ocurre culpar a la religión por las elevadas tasas de violencia doméstica que existen en Uruguay o España, debiéramos ser más cuidadosos a la hora de acusar al islam de ser la fuente de todos los males que aquejan a la mujer en sociedades musulmanas. A lo largo de mis años de residencia y viajes en Oriente Medio he podido comprobar que es la interpretación interesada, tergiversada de la fe la que provoca discriminación y maltrato a la mujer en sociedades que catalogamos de musulmanas. En ese sentido, la mujer cristiana que reside en Líbano o Jordania padece muchas veces el mismo tipo de limitantes o prejuicios que erosionan su desarrollo personal y

profesional. Por ello, urge una acción mancomunada de las tres religiones monoteístas para evitar que se sigan nutriendo tópicos y un desconocimiento que solo revela una suerte de pereza o negligencia intelectual. Es inaudito que confesiones de fe que han convivido por siglos continúen ancladas en rencillas y resquemores del pasado, ignorando así la infinidad de situaciones en las que pueden y deben colaborar para evitar o aliviar padecimientos que tiranizan a pueblos enteros que hoy se desgarran ante el avance de la violencia, también religiosa, que instrumentaliza la fe para imponer el poder y el control político de poblaciones en Irak, Siria o República Centroafricana.

Expresiones de fe tan inspiradoras como siguen siendo las tres monoteístas aquí mencionadas tienen una tarea añadida en este primer cuarto de siglo arrollador, como es la de superar desavenencias y enfrentamientos del pasado que solo atenazan y que no permiten que personas nacidas en una misma tierra puedan disfrutar de un legado y patrimonio común, como ocurre hoy en países por donde transcurrieron grandes profetas y hombres de fe —Egipto, Siria, Palestina o Irak, por citar solo algunos de los países que sufren hoy conflictos donde la fe se ha vuelto un arma arrojadiza.

Han de incrementarse los esfuerzos de autoridades eclesiásticas y guías espirituales de las tres religiones, también en nuestro continente, para promover el conocimiento de aquellas similitudes que pueden constituir un punto de apoyo para apuntalar un diálogo que es necesario y no meramente nominal.

En un apunte de corte más personal, me encuentro al término de este artículo visitando mi localidad natal de Mondragón, en Guipúzcoa, donde se conmemora este año el centenario del padre José María Arizmendiarreta, fundador de la escuela empresarial que dio vida al cooperativismo que durante mucho tiempo constituyó un modelo a imitar a nivel industrial. Entre las numerosas enseñanzas que el legado de este cura visionario nos dejó, rescato esta frase: «la educación es el pilar natural sobre el que se sustenta el desarrollo de una sociedad». Sin que sea un pensamiento original o singular, vale la pena reflexionar cómo las tres religiones que han marcado la evolución de buena parte de las sociedades en Europa y América deben hoy buscar proactivamente espacios para interactuar, planificar y sembrar el germen de una convivencia más armónica y realista, que contemple las amenazas que se ciernen sobre nuestra sociedad posmoderna, a saber, descreimiento y apatía de los ciudadanos en un sistema político y económico que ha avasallado sus derechos cada vez que se ha producido una crisis financiera relevante, y que ayude a corregir inequidades que provocan resentimientos que algunos capitalizan para provocar ira, enfrentamientos y en última instancia una forma de violencia que podemos calificar de terrorismo. Este no discrimina entre justos y pecadores, sino que castiga a todos por igual, fieles y no fieles de una religión u otra; pues, en definitiva, somos todos la familia del libro: musulmanes, judíos y cristianos poseemos libros sagrados.